

CUANDO EL SALITRE DESTROZA LAS PALABRAS

EL WATUSSI: luz roja que se irá fragmentando al chocar contra el asfalto húmedo de la calle y los vidrios ennieblados del edificio de enfrente.

Serán las primeras horas de la madrugada; el momento alargado éste cuando el aire salitroso del mar envuelve la ciudad de los postes negros y va dejando sobre las paredes esa sustancia transparente, viscosa, que deteriora las capas de pintura y oxida los goznes dejándoles su sensación salada de instrumentos de marino ciego y viejo.

Por eso las bisagras de los batientes chirriarán cada vez que alguien recueste y deje resbalar los dedos por sobre la capa viscosa quedando con la mano impregnada de algo pegajoso y siga andando a pasos inseguros hasta salir del área de luz roja y ser una sombra más, bamboleante bajo un cielo sin astros.

Entonces, para el instante breve saldrá la música, la charanga brava, el resbalar y golpear incesante de los zapatos sobre el suelo de la pista; los reflejos múltiples de las múltiples botellas colocadas contra los espejos rodeados por tubos fluorescentes y azules.

Si los batientes vuelven a su posición normal quedarán allá dentro Lucho y Pepe Calvo que entrará a la pista bajo el saxo vibrante, interminable, de oro de

Joe Cuba. Será un paso, dos, la vuelta, el brinco y los ojos de las mujeres arrinconadas y sonrientes, esperando lo que ya saben: la soltura de los miembros, el sudor que adhiere y transparenta la piel a través de la camisa y el grito: el inevitable grito ahora que la música cesa y Pepe Calvo queda sobre sus dos piernas, la cabeza caída, y sale.

— Lo máximo, hermano, estuviste poderoso.

— Ah, tú sabes ... Y se ha sentado rodando antes la silla que no hará ruido por el forro de caucho en las patas.

Lucho quedará sentado sosteniendo el rostro con los puños. Estos serán los minutos en que se deja invadir por las nostalgias — se le deslizan como el salitre a las ventanas — y las palabras de Pepe Calvo: — ¡qué te pasa hermano, písala!, se van desplazando, queda sólo esta idea hiriente de rechazo.

“Tu papá no gusta de mí, Soco, tiene ganas de matarme, me tiene bronca, sí Soco, me mira bizco y voy a tener un cuchillo, yo te quiero Soco, pero tu papá jode y yo soy un pelao legal, tú lo sabes, Soco, si estamos en la terraza él sale y siempre dice: el marihuano ése, yo lo oigo Soco, pero me hago el sordo y me río, tú me preguntas que de qué me río; de eso, Soco, de eso, para disimular, en verdad esa vaina me putea, me ofende que me diga así delante de tí Soco, no se dice delante de nadie eso, me duele, está bien que yo no estudie, no quiere decir nada Soco ya el cachaco me dijo que la vida no se vive dos veces, que es la única aventura que no se repite y si lo dice él por algo será Soco, él sabe, por eso nos vende los cigarrillos, los que nos llevan a otra región Soco, un sitio donde no está tu papá ni el mío diciéndole a mamá que me lleva a la otra casa con su esposa Soco, allá me llevó sacándome del barrio, del billar, pero uno siempre vuelve, Soco, somos eso y lo llevamos siempre, en la región me olvido de todo Soco, aun de ti, o no, apenas te olvido un poco, allí te veo venir con la Marylin Monroe desnuda sobre sus tacones afilados”.

Desde los bafles perdidos, ubicados en la oscuridad a trazos del Watussi, llegará el rápido - obsesivo recorrer de los dedos sobre el piano. Palmieri murmura Pepe Calvo.

Los avisos situados en lo alto de los edificios todavía motrarán su violencia luminosa contra un cielo gris-ceniciente de una mañana que avanza — imperceptible — por entre las callejas de la ciudad somnolienta.

La mujeres del Watussi amontonarán las sillas sobre las mesas, soltarán el nudo de las tiras de los delantales cuando Lucho y Pepe Calvo ya habrán salido y se dispondrán — ellas — a buscar el sueño atosigante y sudoroso de las noches de turno, revolcándose en la cama, tomando el mejorol para calmar el dolor de cabeza y siempre pensando esto es una porquería.

Lucho y Pepe Calvo caminarán tomando la calle del muelle, la neblina — que deforma los barcos — va levantándose y dejándoles su forma maciza, su indefinible estructura de hierro y humo.

Lucho, — confundido con la pesadez del cansancio, del trasnocho — va sintiendo el miedo, la exclusión de un universo cerrado, el silencio de la madrastra, la ironía de las hijas y él indefenso, faltándole algo que busca en el sueño del atardecer sobre el sofá, después de la trabada, de la negación de su estar de más y defenderse así.

“Ustedes me importan un carajo, sépanlo, ya un día encontraré el camino a mi barrio, a Soco que me estará esperando en algún sitio de esta ciudad mierdosa, no volveré más, ya Pepe Calvo se está cabreado del Watussi; y tiene que ser así cuando se deja al Juanchaco, es único, ni parecido, allá el negro Agripino, el Cachaco y los otros muchachos, yo me voy, es barro ir quedando solo y quedar sin nada;

porque en mi casa, la de la vieja, junto al stéreo está el círculo del piso descolorido, lo hice yo a fuerza de practicar mis bailes, mi paso legal, mi movimiento super y eso es uno, ese círculo o el puesto que siempre cojo en el Juanchaco. A la vieja le preguntan: ¿'Y eso'? y ya es sabido, no hay explicación, nada más contesta: el niño Lucho, y es verdad. Pepe Calvo es un buen pelao, esa vaina de venirse de por allá y acompañarlo a uno en el Watussi ... con las mujeres desconocidas y sonrientes, no es como en el Juanchaco que en seguida: qué hay, muchacho, y sobarle la cabeza y rozar las piernas y dejarle a uno su calor, su olor a hembra y esperar la música para ponerse frenético y agarrarle la nalga, el Watussi tiene buena música no se le puede negar. Si acaso llego a la casa me iré directo a la cama, nada de aguantar: son horas de llegar, qué te crees, no estás en tu casa de antes, nada, nada de aguantar, nada sino hacerse el sordo y a la cama".

El muelle con sus pilastras sumergidas dará la apariencia de gusanos grandes que se encogen. Detrás, el pito alargado, envejecido, de un barco se une a los primeros ruidos: el murmullo, el desperezarse, el bostezo: la ciudad que recobra su faz.

Pepe Calvo y tú qué ah.

*I. Que es más dulce mi vida vacía
que entre la falsa sentirse vivir.
Roberto Ledesma. (Bolero popular).*

Sí hermano, desde que entrastes al Juanchaco y te quedaste allí, recostado al lado de la puerta, te estuvimos observando, el cachaco te miraba por el rabo del ojo todo el tiempo, pero tú como si nada: impávido, y así varios días hasta que me paré, cojí el taco y jugamos las veintiuna: estabas nervioso y de vaina no rajaste el paño. Despúes, no sé por qué, éramos los más unidos, íbamos juntos, salíamos juntos y nos contábamos todo. Tú al principio no querías pasártela en el Juanchaco y cuando nos subimos al cuarto del segundo piso tú te quedabas mirándonos mientras nos trabábamos, nos íbamos poniendo sudorosos y llegábamos al paraíso. Te fui convenciendo que las cosas son así: uno nace, se va volviendo grande y comienzan a dolerle las cosas, entonces hay que ir al Juanchaco, beber, trabarse, oír al man Joe y botar lo sentimental; un día nos morimos Lucho y ya no hay más nada que hacer, quedas quieto y el recuerdo es muy frágil; me gusta que lo hayas comprendido, que seas mi amigo, que aprecies al cachaco. El viejo al principio se emputaba y yo era el inútil, el no vas a servir para nada; pero ya se calma, me da lástima que por la noche se duela y le amargue la noche a la vieja, yo te contaba Lucho, para que te convencieras que el viejo trabajó toda la vida, peleó como un berraco, pero todavía hay días en que falta la carne y cuando la lluvia del verano nos embarra los zapatos, mi hermana la asmática se levanta llorando porque la moneda no alcanza para reparar el techo; por eso me gusta Joe, él dice: charanga para bailar y es la batería y la trompeta que no le están hablando a uno de cosas feas sino que voy a gastar mis zapatos con gusto, y ya no importa que se me mojen los pies, es distinto cuando al viejo le entra agua en los zapatos, y ya está viejo Lucho, eso es lo que me putea, cada día le descubro un poco más ese cansancio, prefiero no verlo, y ya hace días que no lo veo.

Ahora me toca venir por estos lados de la ciudad para encontrarte Lucho y contarte cosas y beber y bailar, pero tú no eres el pelao legal del Juanchaco, el que se desenfrenaba con Joe, no me dejas contarte nada porque te has metido

en el silencio, en la ausencia de la Soco y eso es barro Lucho, la gente también se muere de silencio, recuerdas la Petra, la mesera que nunca conocimos porque no quería decirnos nada; ella se perdía entre las mesas, hasta que no la encontramos más y nunca supimos por cuál puerta había desaparecido, sacúdete Lucho, deja esas tristezas, hermano.

I. Hay una cosa que se llama tiempo,

Rocamadour, es como un bicho que anda y anda.

(Rayuela — Julio Cortázar).

Aquí, en la esquina de esta calle donde el barro se amontona en las puertas, está la tablilla de madera, descolorida por el sol del verano y el salitre que llega hasta el barrio todas las madrugadas cuando los muchachos pasan con la olla de leche y los panes. Unos instantes después sonará el pito de alguna fábrica y los hombres saldrán con sus pantalones remangados saltando entre los charcos.

A las dos de la tarde comenzarán a oírse los golpes secos, seguidos, absorbidos por la banda y el deslizar erizante de las rodajas sobre el alambre empujadas por el taco.

A las dos de la tarde se escuchará a veces, sin continuidad, el traganique.

Hubo un tiempo en que el Juanchaco tuvo su bombilla amarillenta sobre la tablilla. En la noche el viento la levantaba, no la dejaba quieta y era una luz a pedazos y sucia. Era la última luz en esa calle oscura y que ahora se llenaría de música.

A las dos de la tarde entraban los muchachos, eran los clientes fijos, los que fueron dejando en la voz del cachaco, de la mesera mona y puta que besaba al negro Agripino. Cualquier día, sin mucho esfuerzo, sabían, no se equivocaban: Pepe Calvo, Humberto, Oscar y más tarde el otro, el que llegó a la puerta y estuvo varias tardes mirando y pensaron: es un chivo, pero no, también aprendieron y ya: Lucho, el pelao legal que casi no hablaba y miraba todo.

El cachaco fue el que habló del segundo piso: una buhardilla donde Agripino guardaba las cajas de cerveza y de cocacola. Una vez subieron, aprendieron del cachaco a envolver el cigarrillo y bajaron sudorosos, fríos, con ese primer mareo que los tuvo tristes y los dejó expertos. De esa manera ingenua y feliz, transpasiando puentes, construían otro mundo momentáneo y roto que los tuvo alejados.

El temor sin fuerzas de esta vez quedó olvidado y Lucho que tardó más que todos en adentrarse, hizo su viaje, encontró a la Marylin Monroe, a la Jane Mansfield y se entregó con furia al otro lado, ese agujero que anunciable el Joe con su trompeta; Tito con su timba y que seguía resonando largamente cuando el sopor les llegaba y quedaban dormidos contra las cajas de cerveza y cocacola del negro Agripino.

Círculos iniciales ... irán girando lentamente ... se ampliarán quedando todos confundidos en uno amplio y quieto ... círculo blanco... blanco... aparecerán las manchas... manchada ... blancuramanchada ... da ... blan ... adahcnamarucnalb... voy bajando... desde las nubes blancas llegará al círculomanchado... allí la Marylin está desnuda... no-desnuda: tiene los zapatos tacones afilados dorados... ya la cogerá... se entretendrá mirándole las nalgas... se aleja... escapa... te cogeré... en una mancha se oculta... viento suave que lo depositará cerca de la mancha donde desapareció la Marylin: no habrá nada... el círculo se llenará de mujeres desnudas iguales... yo me siento a observarlas...

desfilan... marchan... van desapareciendo... a lo lejos viene un ejército con cascós de metal... borroso... borró.

Aparecerán de improviso las botellas del negro Agripino dentro de las cajas y se quedarán un momento-largo recuperando lo concreto, mientras el cachaco recoge las colillas y las guarda en el bolsillo de la camisa.

Cuando salgan, la luz sucia de la bombilla que alumbra la tablilla, reflejará sus sombras saltando por entre los charcos. Irán agotados y el viento traerá un olor a peces muertos.

1. Si se me fue... qué le voy hacer: Buena Suerte!
(Charanga. *Tito Puente*).

2. Los recuerdos, creo, atizan el fuego dentro de su sueño,
lo hacen correr por todo el cuerpo.

(Mirándola Dormir. *Homero Aridjis*).

Y siempre en la puerta, siempre escudriñando desde la terraza las calles interminables hasta que le venía ese resbalar tibio por las ojeras; las calles se tornaban vidriosas, deformes y se iba corriendo a su cuarto, tirándose sobre la cama y dejar el rostro ahí, sobre la almohada, derramándose, trasmutándose en sollozo. Y el rostro asomado a la puerta que no miraba, pero la voz: te olvidó el mariguenerito ése, y ella, despojada, sintiendo las palabras una por una, acumulando su odio larga y pacientemente premeditado durante días inacabables que no agotaban los recuerdos.

¿Cuándo vas a venir?... yo me paso los días, todos, esperándote hasta que me dan ganas de llorar y no creo que me has olvidado, me hace falta tu manera de decir las cosas, de hacer las cosas, y los ojos tuyos que me parecen abiertos hacia un lado que yo no conozco. Contigo me defendería mejor de lo que te dicen, papá siempre te insulta y ahora está feliz porque desapareciste, sospecho que le crecerá una voluminosa pipa. Tienes que venir, no creo lo que dice papá, y si uno es así, qué se hace, tú una vez me dijiste que te gustaba mucho un bolero de Roberto Ledesma, a mí también me gusta su voz, decía algo como que yo soy así si me vas a querer y no recuerdo más, pero lo voy a comprar y me gustará mucho acordarme de ti, por eso yo te quiero así como eres; las cosas se deben aceptar como vienen, yo creo que se pierde mucho tiempo cambiándolas; es como un atraso a lo que sigue, esto me recuerda tus cosas raras, tu montón de palabras. Ya la almohada está fría, el traje se me habrá ajado, voy a ayudar a mamá a poner la mesa.

Llegaba la hora de las visiones difusas, del crepúsculo ceniza sobre los tejados asolados y era el desvestirse, el caer a la cama con los ojos abiertos para revolcarse mucho tiempo y esperar el silencio cuando solo quedaba un miedo aislado en la noche, y entonces el sueño, el sueño:

Desde las tres la terraza se llenaba de viento, era un viento cálido de verano. Soco se ponía su blue-jeans, su camisa roja de manga hasta los codos y miraba para divisar a Lucho que venía con sus gafas oscuras, el pantalón justo y despeinado. Aunque hacía meses de estarlo esperando en la misma forma, todavía se alegraba, y una sonrisa al verlo venir bajo el sol. Se sentaban muy juntos haciendo planes sobre la escapada del domingo a la playa o a matinée.

Durante noches, ya sin saber de qué manera, esa era la iniciación del sueño de Soco; refugiándose obstinadamente, salvándose de ese deterioro que ella no

entendía; esperando el asomar de la luz para entonces huír a las lágrimas que le creaban una fortaleza y la situaban detrás de todo.

Cuando la ciudad quede bajo las nubes oscuras de la lluvia y el salitre de las ventanas se disuelva bajo el agua, Soco comprenderá que la vida es así: aparecer y desaparecer, ir y venir, para un día —de improviso— encontrarnos con lo que hemos perdido y no sentir asombro.

I. . . porque el mundo ya no importa si uno no tiene fuerzas para seguir eligiendo algo verdadero, si uno se ordena como un cajón de la cómoda y te pone a ti de un lado...

(Rayuela. - *Julio Cortázar*).

El invierno llegaba, furtivo, a la ciudad; las gentes desempolvaban sus capotes, los paraguas entumidos por el desuso, y después de muchos aguaceros maldijeron el agua como luego maldecirían la sequía: el cemento reverberante de un verano largo.

Pepe Calvo había vuelto solo una mañana, dejó a Lucho acumulando fuerzas, buscando el momento para integrarse a lo que era, a lo que no podría dejar de ser a pesar de su lejanía, de su constituir otro orden.

No podré venir más, dentro de poco caerán las lluvias y apenas si alcanzaré correr al Juanchaco y quedar medio mojado. Pero ya te digo, no te dejes derrotar, los muchachos te esperamos y el cachaco lo mismo.

Lucho caminó y llegó a su casa. Hasta la venida de las lluvias se lo pasó en silencio conteniendo su ira, el reproche oscuro que le crecía y no expresaba: Sígueme mirando así, desde este asiento sin que tú lo notes me doy cuenta, bobita, no voy a tener que ver que eres mi media hermana y me las vas a pagar, todas las burlas que me haces, el aire de yo no sé que te las picas y tu desprecio, aunque a mí no me importas tú, ni tu mamá, ni tu hermana con esa cara de putona que tiene, si tuviera cerca a los muchachos, a Soco, sería distinto, pero aquí que si la camisa, quitate esas gafas, no te tires en el sofá, barro, barro y por la tarde tú con tu noviequito perfumado y tus discos culo; eso no se lo soporta nadie, pero a ti no te dicen nada, y eso que un día le sorprendí la mano bajo la falda, pero ya ves.

En las avenidas se formaban corrientes que desembocaban ruidosas en las rejas de los alcantarillados. La calle del Juanchaco estaba intransitable, los niños arrastraban bajo la lluvia, sobre el barro, trozos de madera ennegrecidos. Cuando la puerta del Juanchaco se abrió y cerró tirada por sus resortes, quedó a un lado Lucho, mojado, con los zapatos sucios, las gafas en la mano, mirando su puesto vacío.

Pepe Calvo se levantó, esta vez no cojío el taco sino que le pasó el brazo por los hombros y apenas dijo: al fin volviste hermano!

ROBERTO BURGOS

fueron otoño y estío coagulados,
sincronizados en movimientos firmes
fueron navegante solitario y barca india
y avance y paletada y remos.
Tú descendías hacia los volcanes
hacia las sinuosidades de los estratos blandos
hacia la arena amarilla, ondulante o rastrillada
hacia las playas blancas de sal
hacia los crepúsculos de las casas árabes
y había entre los dos olas y espumas suaves
y gaviotas de largos cuellos
y nubes acolchonadas y soles tibios
ráfagas de aire denso acariciaban las jorobas de las dunas
y de tus volcanes y de tus estratos
y de mis aspas y de mis remos
subían aromas de sulfuro
de bosques mojados, de caballos desaforados
y sudorosos.

El trineo de huesos blancos y blancos renos
bajaba sobre la deslizante nieve
y la travesía se hizo más estable, más armoniosa
más logrado el paisaje, menos tensas las riendas
y pude ver tu cara, tu cabello negro
tus negras ondas sobre los blancos pliegues
y tus dientes que apretaban suavemente
labios escondidos y sensuales
tus ojos entrecerrados, mirando el amor horizontalmente
desvaneciéndose en cada ondulación
acariciando y volviendo a acariciar sedas y gasas
bailando lenta y suavemente el ritual de la enajenación,
de inmigración al tiempo.
Fuiste feroz y abrupto abismo.
Cuando los soles se pusieron rojos
cuando el tiovivo dio vida a sus caballos
cuando el huracán movió las aspas
cuando la feria ensordecía su estruendo de parlantes de feria
en el momento del avance, la paletada y los remos frenéticos
en el momento de los artificios de colores
y los monumentos negros contra el firmamento blanco
en el momento en que se hunden los estratos
brillan las blancas playas fosforescentes
y apresuran las olas el sacrificio de la gaviota ahogada
que en vano trata de sacar su largo cuello.
Allí donde el sulfuro es más denso
allí donde los bosques desenterrran el abono
y la sal
de millones de caballos desbocados.
De pronto la noche descendió hasta la tinta del pulpo.
Y las sábanas corrieron desbandadas
llegaron hasta el lecho del río
quedaron flotantes y estiradas como muertos egipcios.